

## Masonería e iberismo

JOSÉ ANTONIO ROCAMORA ROCAMORA

Universidad de Alicante

### MASONERIA E IBERISMO

Al iniciar mis investigaciones sobre nacionalismo ibérico, una de las primeras obras consultadas fue *La Alianza Peninsular*, del integralista portugués Sardinha. En ella vertía abundantes críticas a liberales y masones como promotores de la unidad ibérica. Ello no le impedía aspirar a concertar algo que formalmente podría definirse como una confederación ibérica que tendría por bases el universalismo cristiano y la cultura ibérica<sup>1</sup>.

Fernando Pessoa, coetáneo de Sardinha y también partidario de la unión ibérica, definió la masonería como un cuerpo extraño en el seno de Iberia, acusándola —en cambio— de oponerse a su unidad<sup>2</sup>. Pessoa no compartía los ideales católicos de Sardinha e incluso se oponía a ellos. Curiosamente se distinguió por sus protestas ante la ilegalización de la masonería en Portugal en 1935. Uno de los argumentos esgrimidos por las autoridades portuguesas para prohibirla fue su vinculación a España<sup>3</sup>, lo que equivalía a una acusación de iberismo.

Se hizo preciso confirmar la presencia de un vínculo entre masonería e iberismo y el sentido de tal vínculo, si realmente existía.

Aún está por abordar en profundidad el estudio de las relaciones entre masonería y nacionalismo, favoreciendo una confusión —incluso en la actual masonería— tendente a afirmar el antagonismo entre nacionalismo y uni-

---

1. Antonio SARDINHA, *La Alianza Peninsular*, prólogos de Ramiro de Maeztu y del Marqués de Quintanar, Imprenta de «El Adelanto», Segovia, 1939.

2. Fernando PESSOA, *Ultimatum e Páginas de Sociologia Política*, recolla de textos de Maria Isabel Rocheta e Maria Paula Morão, introdução e organização de Joel Serrão, Atica, Lisboa, 1980, pp. 230-231.

3. *Sociedades Secretas*, prefácio de José Cabral, Editorial Império, Lisboa, s.a. (¿1935?), pp. 62-63 y 66.

versalismo masónico<sup>4</sup>, lo que resulta inexacto respecto al iberismo y al nacionalismo de inspiración liberal en general.

El nacionalismo ibérico intentó unir España y Portugal bajo un sistema unitario, federal o confederal, diferenciándose de tendencias anexionistas del nacionalismo estrictamente español. Para los nacionalistas ibéricos, la frontera dividía dos estados, pero no dos naciones. La mayoría de ellos condicionó el logro de la unidad al respeto de la soberanía de los estados y de la voluntad popular, no aceptando materializarla más que de forma pacífica y voluntaria. A esta tendencia mayoritaria reservamos denominación de iberismo. El nacionalismo, contra lo habitualmente pensado por los propios nacionalistas, es un fenómeno reciente. En el caso ibérico, hay antiguas alusiones a Iberia o España —incluyendo a Portugal como parte de Hispania—, pero el uso de tales términos carecía de la significación política que les fue atribuida tras la Revolución Francesa.

Las primeras muestras de un nacionalismo ibérico propiamente dicho datan de 1792 y fueron obra del abate Marchena, un hombre formado en la Ilustración que, exiliado en Francia, pensó sustituir las monarquías ibéricas por una república federal<sup>5</sup>.

Tal combinación entre nacionalismo e Ilustración no es excepcional. El nacionalismo comenzó a operar políticamente como una ideología democrática, humanista y hasta cierto punto, universalista. El primer nacionalismo rechazaba los pequeños estados, por creerlos incapaces de promover el avance económico y cultural<sup>6</sup> y aspiraba a una convivencia armónica entre las naciones, e incluso a posteriores agrupaciones nacionales que unieran a un mayor número de personas.

El nacionalismo liberal engarzaba con ideas políticas ilustradas y fue determinante para la secularización de la teoría de la legitimidad del poder político. En él, las ideas de progreso y libertad individuales y las de paz y equilibrio entre los estados predominaron sobre las de rivalidad nacional.

El iberismo coincidía perfectamente con la tendencia mayoritaria del nacionalismo europeo hasta 1870: conseguir estados viables capaces de garantizar bienestar y progreso a sus súbditos. Los nacionalismos de este período son por ello de índole unificadora más que separatista. Son muy co-

---

4. Jean-Robert RAGACHE ha escrito recientemente: «l'idée d'*universalisme* propagée par les Lumières se voit battue en brèche par une réaction de *nationalisme*. Au classicisme qui réclame un monde d'ordre, succède le romantisme qui revendique le particularisme. Si la Nation se fonde sur des principes universels, elle exalte les caractères proprement ethniques, linguistiques, religieux. La mémoire de l'Europe sera alors conflictuelle, les guerres tribales vont succéder et le cosmopolitisme ne viendra pas par les idées, mais par l'économie» en su artículo «Europe et Fran-Maçonnerie», en *La Franc-Maçonnerie et l'Europe* (La Pensée et les Hommes, nouvelle série, 19), Editions de l'Université de Bruxelles, 1992, p. 148.

5. Juan Francisco FUENTES, *José Marchena*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 93-96.

6. E.J. HOBBSAWM, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1991, pp. 39-45.

nocidos los casos triunfantes de Alemania e Italia, pero hubo otros nacionalismos que —con objetivos similares— fracasaron, como el paneslavico, el escandinavo o el ibérico.

### Los masones ibéricos ante los nacionalismos

Los masones españoles y portugueses no permanecieron indiferentes ante un proceso tan transcendental como el nacionalismo. Nada hace pensar que existan unas directrices masónicas a favor de un determinado nacionalismo, aunque hayan declaraciones implícitas o —excepcionalmente— explícitas en este sentido.

La actitud nacionalista de los masones en la Península Ibérica está más directamente relacionada con su militancia política que con la masonería. Al comenzar el siglo XIX se podía optar básicamente entre tres nacionalismos. Por un lado, los nacionalismos español y portugués, de base estatal, que contaban con un importante aparato para extender entre la población una conciencia de nacionalidad. Por otra parte, el ibérico, que partía de la creencia en una nacionalidad ibérica para reclamar la formación de un Estado.

Aunque la masonería no adoptó formalmente una postura sobre la cuestión, la pertenencia a la misma pudo predisponer a muchos masones a optar por el nacionalismo ibérico, que ofrecía, en principio, unas perspectivas menos limitadas que el portugués o el español, ya que la unión ibérica era entendida como un avance hacia la fraternidad universal y el progreso de los pueblos. Tal similitud entre los ideales masónicos de fraternidad y universalismo y los objetivos iberistas ya fue puesta de relieve por Fernando Catroga<sup>7</sup>.

El posible intento de crear un Supremo Consejo del grado 33 para toda la península en 1811<sup>8</sup> no debió ejercer ninguna influencia nacionalista, al tratarse de una masonería vinculada al invasor francés, limitándose su interés a lo sumo a la eventual percepción por éstos de Iberia como entidad nacional.

En 1817, en el contexto de una conspiración portuguesa contra la Regencia controlada por los británicos, el prestigioso militar y masón portugués Gomes Freire de Andrade mantuvo contactos con el general Cabanes,

---

7. Fernando CATROGA, «Nacionalismo e ecumenismo. A Questão Ibérica na segunda metade do século XIX», en *Cultura-História e Filosofia*, vol. 6, pp. 419-463, Coimbra, 1985, p. 445.

8. Cit. por José Antonio FERRER BENIMELI, *Masonería española contemporánea*, 2 vols., Siglo XXI, Madrid, 1980, vol. I, p. 106.

siendo probable que el tema de la unión ibérica fuese abordado, sobre todo por el español<sup>9</sup>.

Durante el trienio liberal se renovaron los temores entre los absolutistas a conspiraciones liberales e iberistas canalizadas a través de la masonería. A este tipo de actividades se atribuyó la propia revolución de 1820. Representantes diplomáticos españoles como Pando y Barrero fueron considerados masones por éstos. Concretamente Pando, habría informado a una logia de Madrid sobre la creación de una sociedad de portugueses y españoles para conseguir la regeneración e instrucción de Portugal. Además se atribuía a una logia masónica madrileña en la que figuraban Javier de Burgos, Blake, Ballesteros, el conde de La Bisbal, Bertrán de Lis, Torrijos y Canga-Argüelles —entre otros—, un proyecto para unir los reinos, bien como monarquía con capital en Lisboa, bien como república federada<sup>10</sup>.

Tras el trienio liberal, los exiliados españoles y portugueses estrecharon relaciones y en ocasiones planificaron una revolución tendente a la unidad ibérica. Paralelamente, hubo de darse una aproximación entre los masones ibéricos.

Entre los exiliados portugueses, el distinguido novelista romántico Almeida Garrett —que se había aproximado a la masonería en sus tiempos de estudiante en Coimbra— escribió *Portugal na Balança da Europa*, donde analizaba la unión ibérica como una alternativa para los portugueses.

La muerte de Fernando VII estableció una situación más favorable al cambio dinástico deseado por distinguidos liberales españoles como Mina o Mendizábal. Sin embargo, acabó imponiéndose la solución —más aceptable para franceses y británicos— de mantener a las jóvenes reinas Maria da Glória e Isabel en los tronos de Portugal y España respectivamente.

La opción liberal por Isabel II y Maria da Glória en detrimento de una monarquía ibérica se reflejó en los Estatutos Generales de la Comunion Masónica Española, aprobados y sancionados en 1838 en Lisboa y en la reunión de la Gran Logia del Grande Oriente Nacional de España en 1839<sup>11</sup>.

Tales cambios de actitud, en la mayoría de ocasiones, no implicaban abandono del nacionalismo ibérico. Los iberistas no encontraban contradicción en colaborar con los estados español y portugués para introducir mejoras que, llegado el momento de la unión —considerada inevitable— beneficiarían a Iberia. No es, por tanto, extraño ver simultanear el nacionalismo español o portugués con el ibérico.

---

9. Damião PERES, *História de Portugal*, 8 vols., Portucalense Editora, Porto, 1928-1937, vol. VII, pp. 26 y 38. Pedro Mário Soares Martínez, «A Política Externa Portuguesa do Ríó de Janeiro (1808-1820)», en *Memórias da Academia das Ciências de Lisboa*, Classe de Letras, tomo XXIV, Lisboa, 1985-1986, p. 170.

10. D. PERES, *op. cit.*, vol. VII, pp. 44-46.

11. J.A. FERRER BENIMELI, *Masonería española...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 171-173.

Los masones republicanos, al margen de discusiones sobre cambios dinásticos o relaciones con la corona, fueron más constantes en su actitud iberista, como en el caso del prematuramente fallecido Henriques Nogueira.

A mediados del siglo XIX, el iberismo gozaba de una importante influencia entre los políticos portugueses, salvo entre los partidarios del Antiguo Régimen. El relevante masón José Estêvão Coelho de Magalhães, en una memoria a sus electores, daba a entender que la unión era sólo cuestión de tiempo, siendo lo más conveniente realizarla de forma pacífica, mediante el casamiento de los príncipes portugueses con las princesas españolas, proyecto popularizado gracias a *La Iberia* del iberista Sinibaldo de Mas, del cual carecemos de datos sobre militancia masónica, pero cuyas ideas nacionalistas estaban en perfecta sintonía con los ideales masónicos como puede observarse en estos fragmentos:

«El espíritu descarado de conquista ha sido origen de tantas y tan sangrientas luchas y de tantos crímenes, que realmente causa, por lo general, tristeza leer la historia(...). El medio positivo, y tal vez el único de disminuir la guerra sería el disminuir en lo posible el número de pueblos o naciones diferentes(...). La única opinión que debería ella [una sociedad iberista] desechar es la que recomendase el sistema de la violencia; porque la fusión, para que sea realmente provechosa y sólida, ha de llevarse a cabo por medio del convencimiento general. Lejos, lejísimos toda idea de conquista, de dominación, de coacción, de superioridad, de destronamiento. Unión voluntaria y pacífica, igualdad, fraternidad, patria colectiva, prosperidad e independencia nacional común, emancipación de toda influencia extranjera. De estos principios no se debe en lo más mínimo salir».

Por su parte, Latino Coelho, prologuista portugués e iniciado en la masonería —aunque desconocemos si lo estaba ya en este momento—, se expresó en términos muy similares<sup>12</sup>.

La revolución de 1868 propició el desarrollo de la masonería española, pero también del iberismo, tanto entre los monárquicos como entre los republicanos.

Los iberistas monárquicos intentaron coronar a Don Fernando de Coburgo, padre de Luis I de Portugal, lo que en un futuro conduciría a la unificación. Entre los más destacados impulsores de la idea se hallaban masones como Prim, Fernández los Ríos, Sagasta, Rivero, Martos o Ruiz Zorrilla. Este último, significativamente, tomó el nombre simbólico de Cavour —unificador de Italia— y siendo ministro de Fomento, facilitó las condiciones legales el trabajo de portugueses en España<sup>13</sup>.

---

12. Cit. por Sinibaldo de Mas, *La Iberia*, 3.<sup>a</sup> ed., Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid, 1854, pp. 8, 24, 27-28, 35-36 y 53.

13. Angel FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Mi misión en Portugal*, Belhatte-Bertrand, París-Lisboa, s.a., p. 624.

Víctor Balaguer, que alcanzó el grado 33, y estaba próximo políticamente a Prim, defendió en las Cortes la unión ibérica monárquica, generando una réplica por parte de Pi y Margall, que la deseaba bajo la república<sup>14</sup>.

Romero Ortiz, masón y monárquico, era opuesto a la entronización de la dinastía portuguesa, pero defendió la unidad ibérica en *La literatura portuguesa en el siglo XIX* (1869).

Los republicanos masones deseaban con no menor entusiasmo la unión, habitualmente bajo la república federal. Durante el sexenio democrático, Morayta dirigió *La República Ibérica*, que tenía precisamente tal objetivo, al tiempo que se mantenía como órgano de prensa afín a la masonería.

La república federal ibérica fue también el objetivo para el masón Nicolás Estévanez, que en 1869 se hallaba planificando una revolución para proclamarla<sup>15</sup>.

Sociedades iberistas como la Asociación Peninsular o la Asociación Hispano-Portuguesa, integraron en sus filas a masones de diversas filiaciones políticas como Romero Ortiz, Becerra, Martos, Estévanez o Llano y Persi.

En el seno del movimiento obrero, el masón Anselmo Lorenzo destacó tanto en la creación del movimiento obrero español como del portugués, defendiendo un iberismo similar al del republicanismo federal.

La Restauración de la monarquía borbónica coincidió con un abandono del iberismo por los monárquicos españoles. Sagasta, por ejemplo, deseó la entronización de la dinastía portuguesa en 1854 y estuvo al frente del periódico progresista *La Iberia*, aparecido por entonces para sostener dicha idea. Pero en el momento de ser elegido Gran Maestro del GOE, se encontraba ya alejado del iberismo. Los republicanos españoles, en cambio, sostuvieron su identificación con el iberismo, aunque durante la Restauración, la unión ibérica no pasó de un postulado teórico, con frecuencia sostenido en tono nostálgico.

A estas circunstancias específicas hay que sumar la evolución del nacionalismo, que —especialmente desde 1870— pasó a ser utilizado crecientemente por fuerzas políticas conservadoras y —finalmente— reaccionarias, hostiles anteriormente al mismo. Al tiempo, sus antiguos defensores liberales y progresistas, la fueron relegando.

El conservadurismo no aceptó íntegramente la idea liberal de nación. Menospreció la voluntad popular, dando primacía a factores culturales, so-

---

14. *Antología de las Cortes Constituyentes de 1869 y 1870*, 3 vols., compilada por D. F. DE CUÉLLAR, con introducción, juicios y notas de D. Julio Burell, Talleres Tipográficos de «La Mañana», Madrid, 1913-1914, vol. II, p. 471.

15. Nicolás ESTÉVANEZ, *Fragments de mis memorias*, 2.<sup>a</sup> ed., Establecimiento tipográfico de los hijos de R. Alvarez, Madrid, 1903, pp. 290-291.

bre todo lingüísticos. La fraternidad como último objetivo desapareció, predominando una concepción competitiva de las relaciones entre las naciones, a menudo teñida de xenofobia.

Era un giro favorable a nacionalismos tendentes a crear o mantener pequeños estados, bastante homogéneos culturalmente —como el portugués—, en detrimento de los nacionalismos que —como el ibérico— preferían estados más grandes, aunque más heterogéneos culturalmente.

Los efectos del cambio se hicieron visibles entre los masones. Los monárquicos fueron adhiriéndose de forma inequívoca a los nacionalismos de base estatal, manteniéndose sólo el republicanismo como bastión iberista.

Los problemas de la masonería portuguesa no eran muy diferentes de los del republicanismo portugués, en el que tantos adeptos tenía. Durante el exilio, Nicolás Estévanez observó que todos los republicanos portugueses que conoció eran iberistas, pero que esta circunstancia mermaba la capacidad de expansión social del republicanismo<sup>16</sup>. Buena parte de los republicanos iberistas referidos por Estévanez eran —como él— masones. Es el caso de Emídio Garcia, Carrilho Videira o Magalhães Lima.

A inicios de 1890 Inglaterra presentó un ultimátum a Portugal para que abandonase sus pretensiones de control sobre el conjunto de tierras situadas entre las costas de Angola y Mozambique, por contravenir su política colonial. El gobierno portugués —atemorizado— aceptó rápidamente, ocasionando una ola de protestas en el país, al tiempo que en España, bajo la presión del iberismo y de la anglofobia, se multiplicaban las muestras de solidaridad con Portugal.

En ambos países el protagonismo de las protestas fue ostentado por los republicanos. Pero debe hacerse constar la función desempeñada, dentro de éstos, por los masones.

No faltaron comunicaciones oficiales por parte de logias. La logia 5 de abril del 88 dirigió un mensaje al pueblo portugués, expresando sus deseos de realizar el «portentoso ideal de la nación ibérica» bajo un régimen federal y acabar con unas fronteras artificiosas creadas por la tiranía<sup>17</sup>.

Pero mucha mayor importancia revisten las actividades desplegadas por masones en ámbitos no estrictamente masónicos, hecho favorecido por el acrecentamiento en Portugal de la influencia del grupo de Magalhães Lima, que permitió la aproximación de la posición oficial del G.O.L.U. a ideas compartidas por el federalismo ibérico, aunque sin llegar a una militancia abiertamente iberista<sup>18</sup>.

---

16. *Ibidem*, pp. 465-468.

17. Cit. por P. VÁZQUEZ CUESTA, «Un noventa y ocho portugués: el Ultimátum portugués de 1890 y sus repercusiones en España» en *El siglo XIX en España. Doce estudios*, dirigido por José María Jover Zamora, Planeta, Barcelona, 1984, pp. 563-566.

18. F. CATROGA, «Nacionalismo...», *op. cit.*, p. 447.

Demófilo pronunció mítines solidarios y en su obra *Federalismo y Radicalismo* defendió la federación. Desde el exilio, Zorrilla se solidarizó con Portugal —en tono iberista— en discursos y entrevistas<sup>19</sup>. Numerosos artículos aparecieron en publicaciones republicanas, distinguiéndose por el posterior seguimiento del movimiento solidario «*Las Dominicales del Libre Pensamiento*». Entre los masones promotores de actividades solidarias destacaron Cristóbal Litrán, Llano y Persi, Odón de Buen y el propio Fernando Lozano.

La logia *Libertad n.º 40*, perteneciente al G.O.L.U. y en la que figuraban Demófilo y Odón de Buen, hizo un llamamiento pacifista a la «*Masonería Ibera y Universal*»<sup>20</sup>.

El ambiente de solidaridad ibérica entre republicanos españoles y portugueses se mantuvo en los años posteriores, siendo evidente la preocupación de masones de ambos estados por mantenerlo. La culminación llegó en 1893 con la reunión en Badajoz de republicanos españoles y portugueses, marcada igualmente por la notoria participación de masones en su organización y desarrollo, como Magalhães Lima, que posteriormente recopiló abundante documentación de este período en su obra *La Fédération Ibérique*<sup>21</sup>.

En el corto período que separa este hecho del Congreso Masónico Ibérico de 1905, el republicanismo y la masonería portuguesa —profundamente republicanizada—, experimentaron un giro anti-ibérico. A los efectos de la evolución general del nacionalismo, se sumaba el uso creciente de la instrucción primaria, utilizada por los Estados para favorecer un nacionalismo del cual era protagonista, así como circunstancias específicas de la política portuguesa.

El iberismo a fines de siglo, lejos de popularizarse, era objeto de rechazo para la mayoría de los portugueses, siendo utilizado con frecuencia como una calumnia contra rivales políticos.

El partido republicano hacía tiempo que no se declaraba oficialmente como iberista, pero el hecho de que algunos de sus más representativos miembros sí lo hicieran públicamente, acarreaba unas consecuencias negativas para el partido en un período en que la crisis de la monarquía ofrecía unas excelentes expectativas. El apartamiento de iberismo y del socialismo fue el precio pagado por el republicanismo para erigirse en auténtica alter-

---

19. E. PRIETO Y VILLARREAL, *Ruiz Zorrilla desde su expulsión de España hasta su muerte (1875-1895)*, M. Romero impresor, Madrid, 1903, pp. 380-384.

20. Manuel DE PAZ, «Masonería y pacifismo» en 1728. *La masonería española. 1939*. Exposición, 2.ª ed., Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert, 1991, p. 76.

21. Lima eludió dar a esta obra un carácter abiertamente masónico, aunque en ocasiones aflora con mayor claridad su condición masónica, como al decir que Demófilo y Chfés «sont pour nous plus encore que deux compatriotes, ils sont deux frères». Son raros los casos en que hace referencia a la militancia masónica de algunos republicanos iberistas, como el vizconde de Ouguella, tal vez porque resultaba inútil —por conocida— ocultarla (S. de Magalhães Lima, *La Fédération Ibérique*, prefacio de Auguste Vacquerie, Guillard, Aillaud & Cie París, s.a., pp. 126 y 162).

nativa a la monarquía. Los viejos líderes se limitaron a mantener sus convicciones, mientras la nueva generación de dirigentes republicanos defendía el nacionalismo portugués.

Por otra parte, el G.O.L.U., en ese período, estaba experimentando un fuerte crecimiento<sup>22</sup> que coadyuvó a la marginación del iberismo.

El Congreso Masónico Ibérico fue una viva muestra de la ruptura experimentada respecto al iberismo entre las masonerías de ambos estados. Los masones portugueses estaban, por supuesto, muy alejados de las nuevas tendencias exclusivistas e intolerantes del nacionalismo. Se mostraron en todo momento fraternales con los masones españoles. Sin embargo dejaron claro que su objetivo era la amistad con España, pero de ningún modo la unión ibérica. Así lo dijo inicialmente en su discurso Ceferino Cândido. Gordillo Díaz mostró su acuerdo con éste, pero intentó introducir ideas iberistas afirmando que, para la masonería, los pueblos español y portugués debían ser considerados como un solo pueblo.

Más lejos fue Morayta, quien presentó una tesis sobre la formación de una confederación entre las dos organizaciones masónicas como base de una federación político-social. Pinheiro de Mello, consciente de que la aceptación expondría a los masones portugueses a ser censurados como iberistas por fuerzas antimasonicas, rechazó cortésmente la propuesta, aludiendo a los riesgos de que fuera mal interpretada. No se privó de añadir que la unión ibérica era antipática tanto en Portugal como en España y que era una idea ajena al ánimo del Congreso, lo que probablemente no era cierto en lo que se refería a los delegados españoles. Se creó una comisión para estudiar el tema, abandonándose de hecho la discusión<sup>23</sup>.

En los años siguientes, el iberismo no tuvo una función relevante. Los nacionalismos herederos del liberalismo continuaban siendo desplazados por nacionalismos culturales más intransigentes, como se pudo observar en las causas, desarrollo y consecuencias de la Gran Guerra.

No obstante, en España pervivió en distinguidos políticos masones la concepción liberal de una patria ibérica. Más que la proclamación de la república portuguesa, influyó la visión de la unidad ibérica del catalanismo, porque desbordó su ámbito ideológico para irradiar sobre otras corrientes, especialmente las republicanas.

En el período final de la Restauración y en la II República fueron iberistas y masones numerosos catalanistas o republicanos como Layret, Sbert, Lerroux, Marcelino Domingo, Portela Valladares, E. Ortega y Gasset, Ara-

---

22. F. CATROGA, «Anticlericalismo y librepensamiento masónicos en Portugal (Contactos con el librepensamiento español)» en J. A. FERRER BENIMELI (Coord.) *Masonería, revolución y reacción*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1990, t. I, p. 114.

23. *Relatório. Congresso Maçónico das duas potências ibéricas, Espanha e Portugal*, A Liberal-Officina Typographica, Lisboa, 1905, pp. 8-9 y 22.

quistáin, Alvaro de Albornoz o Azaña. Actuaron principalmente como teóricos, pero —una vez en el poder— también intentaron llevar a la práctica sus ideas. Azaña ayudó a los conspiradores portugueses que deseaban restablecer la democracia en el Portugal salazarista. Tenía la esperanza de que la restauración democrática llevaría —a medio plazo— a la unión ibérica.

La Declaración de Principios de la Gran Logia Española en mayo de 1931 se insertaba en la tradición del federalismo ibérico. En 1935, la Gran Logia Regional del Nordeste de España afirmaba:

«La Masonería cultiva el más puro de los patriotismos, puesto que el patriotismo es perfeccionamiento del hombre intelectual y moralmente, el aumento de la cultura, el desarrollo de intensa fraternidad»<sup>24</sup>.

Ello evidencia la persistencia de ideas nacionalistas de raigambre liberal entre la masonería.

Desde 1935 comenzó una fase de represión de la masonería en Portugal, pronto extendida a España. Para el iberismo fue también una época muy negativa. El régimen del general Franco no estaba interesado en molestar al aliado portugués planteando la unión ibérica y su idea de nación —al igual que la del salazarismo— estaba muy alejada del iberismo, por basarse en conceptos culturales definidos como históricamente remotos e inmutables, en lugar de sobre la voluntad popular.

La semejanza de la evolución de masonería e iberismo, si bien excluye la posibilidad de que el segundo sea un simple resultado de una acción planificada masónica —por lo demás inexistente—, revela la presencia de un alto grado de compatibilidad entre ambos, que no parece descabellado extender al nacionalismo de inspiración liberal en general.

### Repercusiones iberistas sobre la masonería

La voluntad u oposición a la unión ibérica ejercieron ciertas influencias sobre la masonerías.

Un primer nivel sería el formal, visible en el uso del término ibérico, tanto en ciertas denominaciones, como en documentación masónica. Este uso debe valorarse como indicio —pero no como señal inequívoca— de iberismo, ya que la unión ibérica era un tema lo suficientemente debatido como para que hubiera clara conciencia de las implicaciones del término.

Morayta, cuyo nacionalismo era notorio, estuvo al frente de *La República Ibérica* y perteneció a la logia *Ibérica num. 7*. Aunque no expresó sus ideas iberistas en tono tan fervoroso como republicanos a los que estuvo

---

24. Cit. por J.A. Ferrer Benimeli, *Masonería española...*, op. cit., vol. II, pp. 79 y 235.

muy unido como Pi y —sobre todo— Castelar y Salmerón, es indudable que las compartió.

Existió un Grande Oriente Ibero fundado en 1869, uno de los momentos álgidos del iberismo. Hacia 1890 —otro momento de auge iberista— apareció un Grande Oriente Ibérico, resultado del cambio de la denominación del Grande Oriente Nacional de España encabezado por Ros. La Gran Logia Simbólica Española —que había llegado a un acuerdo de amistad con el Soberano Gran Consejo General Ibérico— utilizaba en sus documentos los escudos de España y Portugal, a pesar de que tan sólo una de las 54 logias radicadas fuera de la España metropolitana estaba situada en Portugal<sup>25</sup>. Su orientación republicana federal era además muy clara<sup>26</sup>.

La Gran Logia Regional Catalana-Balear —constituida en plena crisis del ultimátum portugués— hacía referencia en el primer punto de sus principios básicos a la formación de un estado catalán soberano pero vinculado mediante contrato a «*las demás Regiones Ibéricas*»<sup>27</sup>, siendo evidente que el modelo político deseado era la Federación Ibérica.

Otro nivel en el que operaría el iberismo sería las vinculaciones entre masones españoles y portugueses. En 1846 ya había existido un Gran Oriente Hespérico. Antes de la revolución de 1868, algunas logias españolas estaban bajo obediencia del Grande Oriente Lusitano, que poco después de la misma adoptó la denominación de Grande Oriente Lusitano Unido<sup>28</sup>.

Entre 1868 y 1870, período de fuerte agitación iberista, hubo un notable incremento de logias españolas en el G.O.L.U. No parece conveniente descartar al iberismo como una de las causas de la súbita atracción, máxime si tenemos en cuenta la presencia de logias españolas como la sevillana denominada significativamente *Fraternidad Ibérica*.

El nacionalismo —en este caso portugués— fue también causante del descenso del número de logias españolas en el seno del G.O.L.U. Desplazado cada vez más el iberismo en Portugal por un nacionalismo marcadamente antiespañol, las logias portuguesas adoptaron crecientemente tal orientación, lo que influyó en el G.O.L.U. Al iberismo portugués le costaba hallar nuevos adeptos y perdía antiguos simpatizantes como José Estêvão. En 1873 ya hubo propuestas para modificar en sentido nacionalista portugués la

---

25. J.A. FERRER BENIMELI, «Evolución histórica de la Masonería Española» en *La masonería española 1728-1939. Exposición 2.ª ed.*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-CAPA-Conselleria de Cultura, Alicante, 1991, pp.49-55.

26. E. ENRÍQUEZ DEL ARBOL, «Al filo de un centenario: el último Grande Oriente Hispano del siglo XIX: La Gran Logia Simbólica Española del Rito Primitivo y Oriental de Memphis y Mizraim (1889-1898)», en J. A. Ferrer Benimeli (Coord.), *Masonería, revolución y reacción. IV Symposium Internacional de Historia de la Masonería*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-CAPA-Conselleria de Cultura, Alicante, 1990, t. II, pp. 987-1007.

27. Cit. por J.A. FERRER BENIMELI, *Masonería española...*, op. cit., vol. II, p. 22.

28. F. CATROGA, «As Lojas Espanholas de obediência ao Grande Oriente Lusitano Unido e o Iberismo», *Boletim do Arquivo da Universidade de Coimbra*, Coimbra, 1985, pp. 89-96.

Constitución. En 1874, masones portugueses del G.O.L.U. acusaron al Gran Oriente de España de promover la unión ibérica en un intento —según F. Catroga— de demostrar su distanciamiento del iberismo, ante las críticas que habían recibido. En 1878 se impusieron las tesis favorables al cambio de la Constitución, generando tensiones entre las logias españolas y un creciente proceso de abandono de la obediencia del G.O.L.U. por éstas<sup>29</sup>.

En el siglo XX la incidencia del iberismo sería mucho menor, sobre todo por su eliminación en el seno de la masonería portuguesa, definitivamente orientada hacia el nacionalismo portugués.

29. F. CATROGA, «Nacionalismo...», *op. cit.*, p. 447.